

DISCURSO DE RECEPCIÓN POR EL ACADÉMICO  
Dr. GERMÁN J. BIDART CAMPOS

*Con mucha emoción personal me toca cumplir hoy el privilegio de dar la bienvenida a esta Academia al Dr. Carlos Alberto Floria. Dejò de lado mi amistad fraterna con él para sólo dar paso al cálido elogio que le debe nuestra Corporación por su proficua y constante labor científica. Pocas veces, tal vez, se hace tan difícil en un saludo de incorporación, estar a la altura del recipiendario, cuya brillante personalidad honra sobremanera al Cuerpo y a cada uno de quienes compartimos con él los sitios académicos.*

*Esta Academia Nacional lo es de Ciencias Morales y Políticas; quien ahora entra a formar parte de ella, ostenta el título doble que le da mérito para su membrecía: en su obra plúrima ha incursionado en lo ético y en lo político, revelando la alta capacidad de su discurso racional, aparte de sintetizar además en su conducta y en su actividad un pertil de hombre que cree y practica lo que enseña en su cátedra, en sus libros, en su faena periodística, en los foros internos e internacionales a los que es asiduamente convocado.*

*Algúen tal vez habrá podido creer, equivocadamente, que una Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas debe conformarse con reunir personas que, en lo ético, acreditan buena conducta, y que en lo político desarrollan acción política. Quienes así lo hubieran pensado, habrían incurrido en un grueso error, porque las Academias no son agrupaciones de virtuosos ni de militantes, sino de científicos. De ahí que al ingresar Floria a la nuestra podamos desmentir aquella falsa idea, y dar testimonio público de que accede un maestro que, a su vida personal,*

acopla sin alarde la valiosidad —objetivamente documentada— de una larga trayectoria científica. Más de treinta años de ininterrumpida faena y presencia en la ciencia política, en las ciencias sociales, en la investigación histórica, en la promoción del nivel científico de muchas universidades, en la prédica moral, pueden considerarse créditos sobrados que acumula en su temprana madurez para adquirir derecho propio a este homenaje, uno entre los muchos reconocimientos siempre recibidos por él allí donde el equilibrio y la ciencia tienen la palabra.

Ha recorrido aulas prestigiosas, en el país y en el extranjero. Ha desempeñado la conducción universitaria. Pero no ha sido un burócrata, sino siempre un científico al servicio de la enseñanza. Ha cubierto páginas y páginas en libros prestigiosos y en el periodismo cultural. Ha analizado con el bisturí profundo de su inteligencia crítica, tanto la historia cuanto la realidad política. El proceso político, el poder, las transiciones, la democracia, el desarrollo, lo han tenido en permanente vigilia de estudio e investigación.

Floria no ha incomunicado los campos que son objeto de su preocupación; al contrario, ha sabido interrelacionar y ofrecer a la comprensión del público la política, el derecho y la historia con encomiable método interdisciplinario, el mismo que le dio experiencia para ser autor del plan de estudios y fundador del doctorado en Ciencias Políticas en la Facultad para Graduados de la Universidad de Belgrano.

Sin dejar de lado ni rebajar el nivel académico —y, lo que es muy importante, sin moverse al ritmo de los oportunismos — logró siempre transmitir con claridad y objetividad su personal explicación política a un público general que excede al de los cenáculos de especialistas. Tiene la facilidad de hacerse entender tanto por uno como por otros, y de proponer a ambos un mensaje cargado de valores morales.

La Academia se enriquece sobremanera al ocupar Floria el sillón que le hemos adjudicado. Más que un honor para él, lo es para nosotros, que entendemos saldar parcialmente una deuda hacia su persona y su obra, y hacia las ciencias morales y políticas que son objeto de la corporación.

*Doctor Carlos Alberto Floria: una vieja y cálida amistad me permite el gozo de expresarle la complacencia que con tantos compartimos en este momento; y un sitio en esta Academia me depara la función —tan escasamente cumplida por mí en estas palabras— de brindarle el saludo oficial de recepción. A la amistad la doy por eximida de prueba. Por el saludo tan modesto, que no he sabido traducir en una expresión digna de sus méritos, debo pedirle disculpas. Compense mi deficiencia con la alegría y el honor que experimento al decirle de todo corazón: Gracias por estar aquí, y sea usted muy bienvenido. Con su incorporación, la Academia da sobrada razón de serlo de Ciencias Morales y Políticas.*